



Plan d'avenir pour l'Ecole Polytechnique
Palaiseau - 15 décembre 2015

FRANCIA Y SU LABERINTO

Por **Francisco de Santibañes**.
Especialista en Relaciones Internacionales.

La elección de Emmanuel Macron como Presidente la encuentra a Francia inmersa en una profunda crisis. Una reciente encuesta realizada a nivel mundial por Ipsos mostró que los franceses son los más pesimistas respecto a la dirección en la que se encamina su país. Como veremos en este artículo, este malestar es la lógica consecuencia de años de bajo crecimiento y crecientes desigualdades.

¿Pero por qué resulta importante estudiar a Francia? Al fin y al cabo, hace décadas que este país dejó de ser una gran potencia y ha perdido, por lo tanto, el tipo de influencia que hoy ejercen países como Estados Unidos o China.

Un primer motivo es porque Francia sigue manteniendo un peso económico, militar y diplomático relativamente importante. Este

país es una de las diez principales economías del mundo y tiene un poder militar que le permite intervenir en el exterior. Como quedó demostrado en los meses previos a la segunda invasión de Iraq y en la última conferencia sobre cambio climático, su diplomacia tiene la capacidad para liderar posiciones a nivel mundial.

A través de la historia Francia también ha ejercido una importante influencia intelectual y cultural sobre otras naciones. Efectivamente, los franceses han estado a la vanguardia de muchos cambios que más tarde terminarían trasladándose al resto del mundo. Estudiar lo que sucede en este país puede, por lo tanto, ayudarnos a entender y anticipar la evolución de nuestra propia realidad.

EL ESCENARIO FRANCÉS

Para entender lo que está ocurriendo en Francia en primer lugar tenemos que hacer un poco de historia. Veamos cual ha sido el desempeño de su economía.

En los últimos diez años la economía francesa ha crecido a un promedio anual inferior al 1 por ciento. Este bajo crecimiento, sumado a la aparición de nuevas tecnologías y leyes laborales poco flexibles, explica porque la tasa de desempleo en el país galo supera el 10 por ciento.

Las cuentas fiscales también son preocupantes. El déficit fiscal es del 3,4 por ciento y el tamaño del estado en relación al producto bruto interno es del 58 por ciento, la mayor tasa entre los países desarrollados. Los impuestos necesarios para mantener semejante nivel de gasto han transformado a Francia en un país poco atractivo para realizar emprendimientos.

El contraste con el desempeño económico de Alemania es enorme. Luego de asumir los costos iniciales que implicaron integrar a Alemania del Este con Alemania del Oeste, la principal potencia europea implementó una serie de políticas laborales y fiscales que le permitirían ganar productividad y posicionarse como uno de los principales exportadores del mundo.

Además de mantener importantes superávits fiscales y comerciales, Alemania tiene una tasa de desempleo que no supera el 4 por ciento. El tamaño del gasto público es un 13 por ciento menor que el de Francia, lo cual le da margen al gobierno para tener una carga impositiva menor a la de algunos competidores y ganar, de esta manera, competitividad.

Si bien los últimos presidentes franceses han sido conscientes de los problemas que enfrenta la economía de su país, sus intentos por modernizarla fracasaron. Jacques Chirac, por ejemplo, propuso una serie de reformas pero, luego de varias manifestaciones en su contra, tuvo que dar marcha atrás.

Nicolás Sarkozy, que también llegó al poder con una agenda reformista, las dejó de lado para enfrentar la crisis financiera del 2008.

Luego de implementar un programa netamente socialista, Francois Hollande intentó impulsar el crecimiento del sector privado pero ya era demasiado tarde. Para ese entonces la sociedad le había quitado el apoyo a un presidente que dejó el poder con un índice de popularidad que no supera el 5 por ciento.

¿Qué explica la incapacidad del sistema político francés para brindar soluciones? Para entender mejor esta temática debemos estudiar la creciente división social que se observa en Francia.

Una primera realidad es la que se observa en las grandes ciudades. Aquí viven los franceses que más se benefician y con mayor énfasis defienden la globalización y el multiculturalismo.

Efectivamente, es en ciudades como Paris, Lyon, Niza, Toulouse, Lille y Burdeos en donde trabajan los emprendedores y profesionales que lograron adaptarse exitosamente a la revolución tecnológica. Es allí también en donde se encuentran las corporaciones, los bancos y las instituciones educativas que pueden competir exitosamente interactuar con el resto del mundo.

A estas ciudades también arribaron millones de inmigrantes desde África y el Magreb. Al igual que las elites, ellos se benefician de una sociedad abierta y conectada con el mundo. En Francia, al fin y al cabo, reciben salarios atractivos y una serie de servicios, como son las viviendas subsidiadas y el acceso a un sistema de salud de calidad, que en sus países de origen no podrían obtener.

En definitiva, tanto los inmigrantes como los miembros de las elites que habitan en las grandes ciudades comparten la visión de una Francia "abierta" al mundo.

Pero en las regiones más apartadas de estas grandes urbes, especialmente en las



Russian Presidential Executive Office - Vladimir Putin Personal website

Reunión entre Marine Le Pen, líder del Frente Nacional, y Vladimir Putin, presidente de Rusia.

áreas rurales y en las ciudades que en el pasado fueron centros industriales, ha emergido un fuerte descontento social. Debido al bajo crecimiento de la economía pero también a la manera en que se distribuyeron las ganancias en la nueva economía, muchos de sus habitantes han tenido que resignar status y calidad de vida.

Al igual que sucede en el Medio Oeste de los Estados Unidos o en el norte de Inglaterra, es en estas regiones en donde los individuos sufrieron las consecuencias negativas de la automatización –proceso por el cual los robots reemplazan trabajos–, el libre comercio y la inmigración. Muchos de ellos inclusive tuvieron que migrar de las grandes ciudades debido a la competencia que les presentaban los inmigrantes.

Numerosas estadísticas ilustran este deterioro social. En el 2016, y por primera vez desde que finalizó la Segunda Guerra Mundial, la esperanza de vida de los franceses cayó respecto al año anterior, siendo traba-

adores franceses quienes lideraron la caída. Tres años luego de recibirse, tres cuartas partes de los graduados universitarios viven por su cuenta mientras que tres cuartas partes de los jóvenes que no tienen título universitario siguen residiendo en las casas de sus padres.

Un ejemplo de cómo se han dado estos cambios lo brinda el sistema de trenes. En las últimas décadas, el TGV, sistema de trenes rápidos que conecta a las grandes urbes, se expandió rápidamente mientras que numerosos ramales suburbanos y rurales eran cerrados. De hecho, los ferrocarriles pasaron de cubrir un total de 38.800 de km en 1960 a 29.000 km en el presente. En definitiva, el sistema pasó de servir principalmente a los trabajadores que se trasladan diariamente desde las periferias a los miembros más capacitados de la sociedad.

El sistema educativo francés, que supo ser pionero por las oportunidades que les brindaba a todos los ciudadanos, se ha converti-

do en el más desigual de Europa en términos de desempeño escolar. Según el Ministerio de Educación, el 20 por ciento de los alumnos dejan hoy en día la primaria sin saber escribir, leer o sumar.

Pero la división social que encontramos en Francia no debe ser analizada simplemente en términos económicos o sociales. La variable cultural también juega un rol importante. Efectivamente, una parte importante de la población francesa se siente defraudada por elites a las que ve cada vez más alejadas de sus valores y forma de vida.

Además de emprendedores y empresarios exitosos, en París también residen los actores, periodistas y escritores que moldean la voz del *establishment*. Esta voz tiende a despreciar las posiciones que defienden de ciudadanos que, debido a su lejanía geográfica de los centros de poder y su menor participación en el proceso electoral, muchas veces son ignorados. Se los suele catalogar como racistas, violentos o reaccionarios por oponerse a la inmigración, a la Unión Europea o la introducción de cambios al modelo de familia tradicional.

Más allá de Le Pen, el triunfo del conservador Francois Fillon en la interna de los Republicanos ilustra el creciente rechazo que un sector importante de la sociedad tiene hacia su dirigencia.

Durante la campaña Fillon denunció a “las cerradas elites liberales de París” y propuso posturas rupturistas tanto en términos económicos como sociales. Estas le permitieron liderar las encuestas y, de no haber sido por un escándalo personal que involucró el pago de salarios públicos a sus familiares, probablemente le habrían permitido ganar las elecciones generales.

Los votos obtenidos en la primera ronda por los principales candidatos que denunciaron a las elites –Fillon, Le Pen y el izquierdista Jean-Luc Mélenchon– suman un 63 por ciento. Analicemos en mayor detalle las posiciones que adoptaron tanto estos candidatos como el nuevo presidente.

El ganador con el 24 por ciento de los votos, y más tarde electo presidente, fue Macron. De los cuatro, este es el único político que claramente representa los valores e intereses de la Francia urbana y cosmopolita que hemos descrito.

Graduado de la prestigiosa ENA y ex empleado de uno de los principales bancos de inversión francés, Macron ingresó al gabinete de Hollande en el 2014 para implementar, sin demasiado éxito, una serie de reformas liberales. Luego de dejar el gobierno, Macron fundó el movimiento *En Marche!*.

Durante la campaña logró posicionarse ante la sociedad como un “radical de centro” capaz de dejar de lado las divisiones ideológicas del pasado para incorporar a su programa lo mejor de la derecha, del centro y de la izquierda. Se mostró, por ejemplo, favorable a la globalización, a la incorporación de las nuevas tecnologías y al libre comercio.

El segundo candidato más votado, con el 21,3 por ciento, fue Marine Le Pen, quien representó principalmente a los votantes que se sienten marginados por la globalización y las elites. Mientras que su mayor apoyo se encuentra en el interior del país –principalmente en el norte y en la costa mediterránea–, en París tan sólo logró alcanzar el 5 por ciento de los votos.

La agenda de la candidata del Frente Nacional fue radical. Propuso, por ejemplo, abandonar el euro, ponerle un freno al proyecto europeo y acercarse a Rusia. Las políticas económicas de Le Pen son de tinte proteccionista. Buscan favorecer a la industria y a la agricultura y disminuir la el poder del sector financiero.

En tercer lugar, con casi un 20 por ciento, se ubicó Fillon. La suya quizás fue la única candidatura que, en términos económicos, propuso un claro quiebre con la tradición estatista. Su programa incluía la eliminación de 500.000 puestos de trabajo en el sector estatal y una importante baja de impuestos. En

política exterior, Fillon se definió favorable a la Unión Europea y llamó a profundizar las relaciones de Francia con Rusia. Este católico practicante asumió asimismo una postura claramente conservadora en temas culturales.

Por último, también con casi un 20 por ciento, se ubicó el candidato de izquierda republicana Mélenchon. Junto a Le Pen, Mélenchon fue el candidato más crítico de la Unión Europea y los tratados de libre comercio. Pero a diferencia de ella propuso subir los impuestos de más ricos y adoptar un sistema parlamentarista.

De todos estos, el único candidato que defendió abiertamente los valores y los intereses de la Francia cosmopolita fue el que finalmente ganó las elecciones. Sus principales contrincantes, de una u otra forma, marcaron sus diferencias con esta Francia.

Por lo tanto, una primera conclusión que podemos sacar de las elecciones es que su resultado no debe ser interpretado como un mandato en favor del *status quo*. Si bien de manera más atomizada que en Gran Bretaña o Estados Unidos, la oposición a la globalización, la inmigración y el multiculturalismo también viene ganando fuerza en Francia.

Otros datos interesantes que dejó la primera ronda electoral es la manera en que votaron los jóvenes y los obreros. En su conjunto, Le Pen y Mélenchon obtuvieron más del 50 por ciento del voto joven, mientras que Le Pen logró un 43 por ciento de apoyo entre los trabajadores. Al igual que en Estados Unidos y Gran Bretaña, en Francia los obreros blancos también habrían comenzado a adoptar más nacionalistas.

En la segunda vuelta electoral, que tuvo lugar el 7 de Mayo, Macron ganó con el 66 por ciento de los votos. A pesar de lo impactante que resultó su victoria, no hay que olvidar que el nivel de ausentismo fue el mayor desde 1969 –25 por ciento– que los votos en blanco o anulados –12 por ciento– fueron récord. Esto nos hace suponer que una parte importante del electorado francés

no se sintió representada por ninguno de los dos candidatos.

EL IMPACTO GLOBAL DE MACRON

Definir las políticas que implementará Macron como presidente de Francia no resulta fácil. En parte esto se debe a que durante la campaña este político de 39 años evitó dar definiciones demasiado claras sobre cómo será su gobierno. Más importante aún, sin embargo, es el hecho que el suyo quizás termine siendo un gobierno dividido.

En efecto, si *En Marche!* no logra obtener una clara mayoría en las elecciones legislativas que tendrán lugar en el mes de Junio, es probable que Macron deba nombrar a un primer ministro de otro partido. Esto limitaría fuertemente su margen de acción.

Pero más allá de quien vaya a ser su primer ministro, el presidente francés es el responsable de elaborar la política exterior y de defensa del país. Analicemos entonces qué efectos puede llegar a tener la presidencia de Macron sobre la política exterior de Francia y el escenario global en general.

Como ya hemos mencionado, Francia sigue siendo un país relevante en el sistema internacional. Actualmente es la sexta economía del mundo. Este país posee asimismo una población altamente educada y una gran cantidad de multinacionales, más inclusive que países como Gran Bretaña y Alemania.

Otro de los pilares sobre el que se basa la influencia de Francia es la capacidad de sus fuerzas armadas. El estado francés mantiene actualmente bases militares en África, Medio Oriente y en sus territorios de ultramar. Además de su capacidad para movilizar fuerzas convencionales en el exterior, su poder de disuasión reside en el arsenal nuclear que mantiene.

En el plano diplomático, junto con Alemania, Francia forma el corazón de la Unión Europea y ha alcanzado un alto grado de influen-



Ciudadanos autoconvocados frente al restaurante donde se produjo uno de los atentados en París. 13 de noviembre de 2015.

cia en los organismos internacionales. En este sentido, no debemos olvidar que Francia es uno de los cinco miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas con poder de veto.

En definitiva, Francia cuenta con los recursos necesarios para aspirar a ser una “pequeña potencia”. Cabe preguntarse entonces que es lo que hará Macron con éste poder. Una primera incógnita es saber si continuará con la política exterior de sus antecesores más inmediatos.

La elección en el 2007 de Nicolás Sarkozy como presidente de Francia significó un quiebre con la tradición independentista que Charles De Gaulle implementó en los 60 y que luego seguirían sin grandes cambios François Mitterrand y Jacques Chirac.

Sarkozy de hecho buscó fortalecer las relaciones de su país con Estados Unidos y tomó la decisión de reincorporar a Francia a la estructura operativa de la OTAN. Durante las presidencias de Sarkozy y Hollande, que

en líneas generales siguió la misma política exterior, París se convirtió inclusive en un importante socio de Washington en la lucha contra el terrorismo y las intervenciones en estados “fallidos”.

Macron ha dejado en claro que continuará con estos lineamientos y que no intentará retomar la política gaullista. Como parte de esta visión, y a diferencia de lo que propusieron Le Pen y Fillon, seguramente mantendrá una relación distante con Vladimir Putin.

El presidente electo se ha mostrado asimismo favorable al libre comercio y a la inmigración. En este sentido, considera que los problemas de la Unión Europea se resuelven con mayor, y no con menor, colaboración.

En efecto, quizás la principal consecuencia que el éxito electoral de Macron tendrá sobre el sistema internacional será la subsistencia de la Unión Europea ya que una victoria de Le Pen habría significado un duro golpe para la continuidad de esta comunidad política.

La visión liberal de Macron también debería favorecer la firma de nuevos tratados de libre comercio. Uno de los principales beneficiados en este sentido debería ser el Mercosur, ya que sus representantes se encuentran actualmente negociando un acuerdo con la Unión Europea.

Esta continuidad debería verse reflejada en la lucha contra el terrorismo, cuestión que no sólo afecta la política exterior sino también del debate político francés en general. Luego de una serie de atentados en su territorio, la preocupación de los franceses por este tema no ha dejado de crecer. Las encuestas señalan que el terrorismo es, luego del desempleo y la precarización del trabajo, su principal preocupación.

Como parte de su estrategia para combatir al terrorismo, Francia seguramente continuará formando parte de las operaciones militares que busquen eliminar a grupos terroristas como el Estado Islámico. No optará, como proponía Le Pen, por el aislacionismo ni incrementará las expulsiones de inmigrantes.

Más allá de la manera en que Macron defina la política exterior de su país, no debemos dejar de mencionar los efectos que su triunfo pueden tener en el plano ideológico.

Efectivamente, para entender lo que está sucediendo en el mundo, y la manera en que las elecciones en Francia pueden afectar las ideas que lo moldean, tenemos que detenernos a analizar el resurgimiento del nacionalismo.

Quizás los dos hechos que dieron mayor visibilidad a este fenómeno fueron el triunfo del Brexit y la elección de Trump como presidente de Estados Unidos. Pero estos dos acontecimientos no deben ser analizados de manera aislada, sino como parte de un fenómeno más amplio.

Quizás el líder que mejor represente el surgimiento de la ola nacionalista sea Putin. Luego de una primera etapa de gobierno en la que se enfocó en modernizar la economía, a partir del 2003 Putin comenzó a adoptar

posturas ligadas a la Iglesia Ortodoxa y a la tradición eslava. Desde entonces su agenda se basó en la reafirmación de la independencia rusa, en el fortalecimiento de las fuerzas armadas y en la adopción de posturas claramente conservadoras en temas sociales.

Algo similar ocurrió en Turquía. Allí, el presidente Recep Erdogan dejó de lado algunas de las reformas de tinte liberal que había impulsado al comienzo de su mandato para dismantelar del estado secular que Mustafa Atatürk había creado durante la primera mitad del siglo XX. Efectivamente, sus victorias electorales le permitirían introducir su propia versión del nacionalismo islámico.

Fenómenos similares también ocurrieron en China e India. En el primero de los casos, el mismo Partido Comunista fue el que decidió abandonar al marxismo como mito unificador de China para reemplazarlo por el nacionalismo Han. En India, la elección de Narendra Modi como primer ministro le permitió al nacionalismo hindú alcanzar poder.

Lo que tienen en común estos gobiernos es el deseo de reafirmar una identidad nacional que habría sido dañada por la aparición del multiculturalismo y el accionar de ciertas elites.

La justificación de este discurso varía, ya que si bien la mayoría de los movimientos que lo promueven son de origen conservador también existen ideólogos, como sucede en el caso de algunos de los seguidores de Trump y Le Pen, que adoptan posturas postmodernistas. Este es el caso del asesor y funcionario estadounidense Steve Bannon.

Lo que claramente no existe en este movimiento es una visión económica común. Por ejemplo, mientras que Modi y Theresa May, nueva primer ministro de Gran Bretaña, buscan incrementar la apertura comercial de sus países, la administración de Trump ha adoptado posturas proteccionistas.

En las propuestas económicas de Trump y Le Pen parece emerger una alternativa al discurso que históricamente ha utilizado la izquierda para combatir la marginalidad so-

cial. En efecto, esta no intenta distribuir la riqueza a través de mayores impuestos y la provisión de mejores prestaciones sociales. Apunta, por el contrario, a incrementar el nivel de vida de los trabajadores mediante la imposición de restricciones al ingreso de los inmigrantes que podrían competir con ellos y a la protección de las industrias amenazadas por la competencia externa.

Si bien hasta aquí hemos discutido el crecimiento del nacionalismo a nivel global, no debemos olvidar que Francia también tiene una tradición nacionalista. Sin ir más lejos, uno de los pilares del Gaullismo siempre ha sido la defensa de la soberanía política mientras que el apoyo a la excepcionalidad cultural francesa ya forma parte de la identidad nacional.

El nacionalismo francés fue, por otra parte, el responsable de ponerle un primer freno al crecimiento de la Unión Europea. En un plebiscito que tuvo lugar en el año 2005, la población francesa se opuso a la adopción de una constitución europea. A partir de ese momento, la Unión Europea comenzaría a ser entendida más como un proyecto de in-

tegración económica que como un medio para construir una identidad europea que reemplazara a las identidades nacionales.

¿Qué efectos tendrá el triunfo de Macron sobre el ascenso del nacionalismo en Francia y el mundo?

Su elección como presidente debe ser entendida como una victoria del campo liberal, que promueve tanto el multiculturalismo como la libre circulación de bienes, capitales e individuos, sobre el nacionalismo.

Luego de haber sufrido una serie de importantes derrotas, los defensores del orden liberal pueden recobrar esperanzas. Macron, y Justin Trudeau en Canadá, mostraron que el discurso liberal le resulta atractivo a una parte importante de la población occidental. Estos éxitos, sumados a la creciente recuperación de la economía mundial, pueden servirle de base al liberalismo para recuperar el terreno perdido.

No debemos, sin embargo, exagerar la importancia de esta victoria. La manera en que los franceses votaron en la primera



By Beadell, S J (Lt)

El General Charles De Gaulle visitando a la armada francesa en diciembre de 1942.

ronda electoral muestra que sigue existiendo una fuerte –y creciente– oposición a la globalización y al orden liberal. De hecho, los problemas que enfrentan las sociedades modernas –precarización del trabajo, polarización entre las ciudades y el interior, crisis de identidad, etc.– aún no han sido resueltos.

EL FUTURO DE FRANCIA

El panorama político que enfrenta la sociedad francesa es sumamente complejo.

Esto en parte se debe a que Macron no tiene un claro mandato popular ni una sólida estructura partidaria que le permitan implementar un ambicioso plan de reformas (que es precisamente lo que Francia necesita para revertir su bajo crecimiento y sus crecientes desigualdades).

El nuevo presidente también enfrentará una dura oposición. Lejos de desaparecer, el Frente Nacional ha incrementado su presencia y ahora puede mostrarle a los franceses que otras naciones desarrolladas han comenzado a adoptar su agenda. Es probable entonces que los trabajadores blancos continúen su migración hacia este movimiento.

Pero el Frente Nacional enfrenta un serio problema de legitimidad. Esta fuerza sigue siendo asociada por muchos franceses con el pasado autoritario de su país, mientras que las declaraciones xenófobas de su primer líder, Jean-Marie Le Pen, han tendido a desprestigiarlo aún más.

Esta es una dificultad que los movimientos nacionalistas que alcanzaron victorias electorales en otros países, como es el caso de los que apoyaron a Trump y el Brexit, no tuvieron que enfrentar. Es posible entonces que en los próximos años el Frente Nacional intente reposicionarse mediante un cambio de nombre, pero sin por ello perder su esencia.

Tampoco resulta claro que, como anticipa Macron, los partidos tradicionales pierdan demasiada influencia.

Los Republicanos siguen teniendo una fuerte presencia en todo el país. Como ya mencionamos, Fillon perdió la elección presidencial debido a un escándalo personal. Su derrota poco tuvo que ver con sus ideas o con el partido que representa.

Habrà que ver si los dos sectores que conforman *Les Républicains* lograrán convivir bajo un mismo paraguas político. La alianza entre una mayoría conservadora –representada por Sarkozy y Fillon– y un minoría de tinte liberal –cuyo líder en las últimas internas fue Alain Juppé– puede efectivamente implosionar si los miembros del último de sector decide formar parte del gobierno de Macron.

La situación en la que se encuentra el Partido Socialista es más delicada. Luego de haber liderado un gobierno sumamente impopular y de haber obtenido tan sólo el 6 por ciento de los votos en la primera vuelta electoral, los socialistas se encuentran muy debilitados.

Los motivos que explican su decadencia en parte son estructurales. Al igual que le ha ocurrido al Partido Demócrata de los Estados Unidos y al Laborismo en Gran Bretaña, una parte importante de los trabajadores blancos, que conforman uno de los pilares del Partido Socialista, han migrado hacia la derecha nacionalista. En los próximos meses los socialistas pueden sufrir una sangría adicional si sus líderes y votantes progresistas deciden seguir la agenda de Macron.

En las próximas semanas se sabrá si Macron podrá mantener a su primer ministro o tendrá que llegar a un acuerdo con otro sector político. Esto último será prácticamente inevitable si *En Marche!* no obtiene la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional.

De hecho, el escenario más probable hoy en día es que los Republicanos obtengan la primera minoría en las elecciones de Junio. Dos factores tienden a favorecer sus chances. El primero es que Fillon –asociado por muchos a la corrupción– ya no liderará la campaña del partido. El segundo es que las elecciones de diputados en Francia se deciden en

pequeños distritos, siendo éste un sistema que favorece a los partidos tradicionales. Estos son los únicos que cuentan con la estructura y los candidatos necesarios para ser competitivos en todas las elecciones.

Tampoco debemos olvidar la importancia que los liderazgos tienen en los procesos de transformación. La misma historia de Francia lo demuestra.

No es la primera vez que Francia se encuentra en un laberinto similar al actual. De hecho, los últimos cien años de su historia no han sido fáciles. La sociedad francesa atravesó dos guerras mundiales que la encontraron en el centro de las hostilidades y tuvo que dirimir visiones radicalmente diferentes respecto al sistema político y económico que debía prevalecer en el país.

Pero durante parte de su historia reciente Francia contó con un líder que le permitió atravesar varias de estas dificultades. Al establecer en Londres un gobierno de exilio, Charles De Gaulle le brindó en 1940 esperanza a los franceses. Cuatro años más tarde, el general le devolvería el honor a Francia al liderar, junto a los estadounidenses, la liberación de París.

Ya en 1959, y luego de evitar una guerra civil, De Gaulle gobernaría el país durante diez años. Entre otros logros, este período estuvo marcado por el fin del conflicto en Argelia y la creación de la V república que perdura hasta el día de hoy. Su gobierno le devolvió asimismo dinamismo a la economía y le permitió a Francia ocupar un lugar relevante en el concierto de las naciones.

En parte, estos éxitos fueron posibles gracias a la capacidad que tuvo De Gaulle para generar un mito movilizador: el de la grandeza de Francia. Una y otra vez, esta visión le permitiría movilizar, y ayudar a unir, a una sociedad que se encontraba paralizada por las diferencias internas y la falta de ambición. Lejos de adoptar un plan de gobierno basado en partes de la agenda que promovían la derecha y la izquierda, De Gaulle pro-

dujo una síntesis superadora que se vería reflejada política exterior, económica y cultural.

Hoy no hay posibilidades que surja otro De Gaulle. Él fue el producto de un mundo muy diferente al actual, uno en el que el marketing político y el pragmatismo no dificultaban, como lo hacen ahora, el pensamiento estratégico ni a la construcción de una visión de país.

¿Podría acaso Macron alcanzar una síntesis que logre superar las divisiones actuales? Parece difícil que esto ocurra.

El nuevo presidente es, al fin y al cabo, un claro representante de una de las dos Francias: la más liberal y cosmopolita. Es posible, por ejemplo, que Macron cometa el mismo error de Hollande, que al principio de su mandato propuso una serie de leyes que fueron interpretadas por muchos como la imposición de los valores de una Francia sobre los de la otra. Esto no haría más que agravar las diferencias que dividen al país.

Dado el complejo escenario político que hemos descrito hasta aquí, es probable que Francia continúe en su laberinto por un tiempo más.

La mayor esperanza de Francia reside en su sociedad civil. Es posible que desde aquí surja una nueva visión común. Una visión que abrace el avance tecnológico y a la globalización, fuentes de desarrollo para la sociedad, pero que al mismo tiempo incorpore nuevas fórmulas que permitan mejorar la calidad de vida de todos los ciudadanos y que fortalezcan los lazos comunitarios.

Y en parte esto es posible porque el debate intelectual en Francia es más rico que el que podemos encontrar en países, como Estados Unidos o Alemania, en donde lo "políticamente correcto" ha empobrecido el intercambio de ideas y propuestas. Quizás este debate, sumado al espíritu crítico francés, le permitan a este gran país encontrar una salida de un laberinto que impide su pleno desarrollo. ●